

Comentario al evangelio del miércoles, 21 de septiembre de 2016

Los días que en la liturgia se nos presenta la figura de un apóstol son fiesta grande en la Iglesia. Los apóstoles nos hacen pensar en aquel primer grupo de seguidores de Jesús, elegidos por él mismo. Son el grupo de sus íntimos. Fueron también los primeros testigos de la resurrección de Jesús. Y los que recibieron el encargo de evangelizar, de llevar la buena nueva del reino por el mundo entero. Los apóstoles nos hacen pensar en la raíz y el fundamento de nuestra fe. Son las columnas de la Iglesia. Con ellos comienza esta tradición de vida tan poderosa que ha hecho que el Evangelio llegue incólume hasta nosotros.

Pero los apóstoles no fueron santos desde el principio. Fueron elegidos por Jesús de entre sus primeros seguidores. Y entre ellos había de todo. Mateo es un ejemplo claro. Al llamarle, no eligió precisamente Jesús a uno de los oficialmente buenos en la sociedad judía de aquel tiempo. Más bien, exactamente lo contrario.

Mateo era publicano. En la práctica era un empleado de Hacienda, del gobierno. El encargado de recoger los impuestos. Pero sin sueldo. Es decir, se encargaba de recoger los impuestos fijados para una determinada zona. Los romanos le fijaban la cantidad que tenía que entregar. Su comisión, su sueldo, lo sacaba de lo que conseguía que la gente de la zona le pagase de más. Los romanos no se hacían problema con tal de recibir el dinero acordado. Así funcionaban las cosas en la época. Podemos deducir que los publicanos no eran precisamente queridos ni amados por el pueblo. No sólo les sacaban los dineros. Además colaboraban con el romano invasor y opresor. Se aprovechaban de la gente y de la situación para enriquecerse. Vamos, que no eran precisamente unos angelitos.

Pues a Mateo le llama Jesús. Para dejar claro que no excluye a nadie. Todos están/estamos llamados. Por mucha historia negativa que llevemos a nuestras espaldas, Dios está siempre esperándonos a la vuelta de cualquier esquina para invitarnos a seguirle. Y es capaz de hacer con nosotros cosas tan grandes como hizo con Mateo. Porque, como dice Jesús en el Evangelio de hoy: “No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa ‘misericordia quiero y no sacrificios’: que no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.”

Así que vamos a celebrar con gozo esta fiesta porque nos habla de un apóstol, de uno de los cimientos de la Iglesia. Porque nos recuerda que esta Iglesia se apoya en hombres y mujeres frágiles y débiles pero que afianza nuestra fe en que la gracia y el amor de Dios es más fuerte que nuestras debilidades y limitaciones.

Fernando Torres cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org